

Turno de noche

A stylized illustration of a young man and woman standing in a library aisle. The woman, on the left, has blonde hair and is wearing a tan jacket over a white shirt, holding a green book. The man, on the right, has brown hair and is wearing a light blue jacket over a dark hoodie, holding a basketball. The background consists of tall bookshelves filled with books, rendered in a vibrant pink and purple color palette.

ANNIE CROWN

CROSS
BOOKS

Turno de noche

ANNIE CROWN

CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Night Shift*
© del texto: Annie Crown, 2023
Publicado de acuerdo con Wattpad WEBTOON Studios

© de la traducción: María Cárcamo, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: noviembre de 2024
ISBN: 978-84-08-29428-3
Depósito legal: B. 18.126-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Siempre me han encantado las bibliotecas por la noche.

Esta, la única biblioteca abierta veinticuatro horas en la Universidad Clement, puede que no tenga los suelos de mármol y los techos altos que adornan los tablones de Pinterest y las cuentas de Instagram de viajes, pero, aun así, es uno de mis lugares favoritos del campus. Y a pesar de los muebles anticuados, las manchas cuestionables de la moqueta, los helechos falsos y el persistente hedor a café pasado, hay algo mágico en la forma en la que la luz de la luna ilumina el atrio central a través del techo de cristal, dando a las mesas que hay justo debajo, la mayoría vacías, un suave brillo azul.

Es el único lugar en el que quiero estar un viernes a las diez de la noche.

Aunque, claro, también ayuda que me estén pagando por no hacer nada.

Al principio de mi turno, di una vuelta por las plantas segunda y tercera para recoger libros sueltos. Tardé quince minutos. Ahora estoy envuelta en el cárdigan de punto más grande que tengo, sentada detrás del mostrador de recepción. Estamos a finales de octubre, acaba de terminar el ajetreo de los exámenes parciales y solo quedan algunas perso-

nas esparcidas por las mesas del atrio: cinco o seis estudiantes que parecen completamente absortos en sus ordenadores portátiles, un grupo de chicas que están recogiendo para marcharse, y un chico que va de un lado a otro de las mesas de los ordenadores a la vieja fotocopidora que nunca imprime lo que quieres a la primera.

Pronto, la biblioteca será un pueblo fantasma, pero afuera el campus está repleto de alumnos. Algunos vuelven a sus residencias en busca de alguna fiesta. Sus risas y gritos ebrios hacen eco en el patio interior y se cuelan por las puertas de cristal de la biblioteca. Observo cómo se tambalean desde mi asiento en el mostrador, con una sensación de curiosidad indiferente, como si estuviera al otro lado del cristal de una exposición en el zoo.

No sé si soy el visitante o el animal cautivo.

Tal vez lo normal tendría que ser que me sintiera sola durante estos largos y silenciosos turnos de noche, pero no es así. No si estoy rodeada de libros. Y, desde luego, no cuando el resto de mi vida es tan escandalosa, intensa e ineludiblemente frenética.

Además, no estoy sola del todo. Está Margie, mi supervisora y la bibliotecaria fija del turno de noche en Clement, que, como si la hubiera invocado, aparece a mi lado y suelta un montón de tomos pesados en el mostrador.

Margie es algo más bajita que yo y me triplica la edad, pero tiene la actitud sensata y la fuerza en los brazos de un sargento instructor.

—Estaban en el suelo, junto a la caja de devoluciones —dice—. Parece ser que meterlos dentro de la caja es demasiado trabajo.

—La gente es lo peor. Trae, yo los registro.

El mostrador de recepción es lo bastante largo para que quepan en él cinco puestos de préstamos y devoluciones.

Durante el día, hay suficientes alumnos trabajadores para cubrirlos todos, pero esta noche solo estamos Margie y yo. Enciendo un ordenador para iniciar sesión en el archivo de la biblioteca, suspirando y apoyando la barbilla en la palma de la mano y, de pronto, aparece la temida pantalla de carga.

Puede que la Universidad Clement reciba donaciones de miles de millones de dólares, pero nuestra red inalámbrica no es precisamente fiable.

Las chicas del atrio por fin pasan por delante del mostrador de camino a la puerta, algunas se paran a mi lado para tirar los vasos de café vacíos en la papelera. Me llegan resquicios de su conversación.

—... quiere que nos leamos todo el libro para el lunes.

—Siempre puedes saltarte la clase...

—¡Mierda! ¡Se me ha muerto el móvil!

—Chicas, me acaba de escribir Georgia. Dice que hay una fiesta en casa de los del equipo de baloncesto. ¿Hacemos la previa en su habitación? Tiene tequila.

—¿No se supone que no deberían organizar fiestas con la temporada a punto de empezar?

—Sí, es *top secret*. Solo se puede pasar con invitación. Creo que todavía me queda...

—Oye, en serio, ¿alguna me deja su cargador?

La puerta se balancea detrás de las chicas, y sus voces, ahora amortiguadas, se van desvaneciendo hasta que todo vuelve a quedar en silencio. Paso la mirada de la pantalla de carga delante de mí, a mi teléfono. Si el equipo de baloncesto está dando una fiesta secreta, Harper y Nina, mis compañeras de piso, terminarán allí seguro. Lo que significa que en las próximas horas voy a empezar a recibir mensajes ebrios.

Las tres somos inseparables desde que nos juntaron el primer año en una habitación triple en la residencia. Ahora que estamos en tercero, se nos da bien respetar las diferen-

cias de cada una. Harper no soporta las producciones teatrales ni las discusiones sobre estructuras de tres actos. Nina no aguanta nada que involucre ropa deportiva ni enfrentarse a la multitud de cuerpos sudorosos del gimnasio de Clement. Y yo no soporto las fiestas universitarias: demasiada gente, cerveza templada, música de mierda a un volumen ensordecedor. Así que, los viernes, mientras Harper y Nina se cogen una cogorza mortal, yo trabajo en el turno de noche en la biblioteca y tengo unas cuantas horas de paz y tranquilidad.

Es la organización perfecta.

Una vez que el sistema de registro de la biblioteca termina de cargar, tardo cinco unidades de minuto en procesar el montón de devoluciones que me ha dado Margie. Sin nada más urgente en la agenda, me reclino en la silla y tomo mi mochila. Dentro hay todo lo que suelo traer al turno de noche: una botella de agua, el cordón con las llaves de mi apartamento y una copia de las llaves de la biblioteca, una bolsita de plástico con algo de picar (por si la máquina expendedora junto a los ascensores está estropeada otra vez) y, lo más importante, mi libro de la semana.

Echo un último vistazo para comprobar que nadie me mira y saco discretamente mi ejemplar de *La princesa de la mafia* de las profundidades de mi mochila.

La portada es bastante humillante. No sé quién tomó la decisión de poner torsos masculinos desnudos en las novelas románticas, pero sospecho que algún ejecutivo de marketing quería avergonzarme para que comprase el e-book y así nadie me viera en público con esto. Se me calienta la cara cuando lo abro, aprieto el pulgar en el pliegue y me sumerjo de nuevo en el tercer capítulo de otra historia más de una chica joven amante de los libros y un macho alfa taciturno que la adora.

Mis compañeras de piso dicen que soy una romántica

empedernida. Yo no les digo nada. Es mejor eso que ser una ermitaña solitaria.

—Kendall.

Me sobresalto y me pongo rápidamente el libro en el regazo, escondiéndolo bajo el mostrador. Margie está de pie frente a la puerta, demasiado ocupada intentando encontrar su llave maestra como para darse cuenta de lo raros que tengo los brazos y lo roja que está mi cara. Detrás de ella está el pobre chico que estaba yendo de los ordenadores a la fotocopidora continuamente. Por lo despeinado que tiene el pelo y la mirada de derrota en la cara, diría que no le está yendo demasiado bien.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—La fotocopidora está rebelde otra vez —explica Margie—. Voy a llevar a este muchacho a la biblioteca de ingeniería para que use una de las que tienen allí. Volveré en unos quince minutos.

Margie acompaña al estudiante. En cuanto desaparecen por la puerta, vuelvo a sacar el libro y me acomodo en la silla, entusiasmada por la expectación.

No me puedo creer que vaya a tener quince minutos de lectura ininterrumpida tan pronto. Normalmente tengo que esperar hasta bien pasada la medianoche para levantar los pies sobre el mostrador y relajarme.

La princesa de la mafia no es literatura revolucionaria, pero es justo lo que le pido a una novela romántica. La heroína, una abogada muy espabilada, no es llorica ni demasiado estúpida para ser funcional, y el héroe, un antiguo pandillero y renegado de la mafia, no es tan posesivo como para ser una *red flag* andante. Los dos son inteligentes. Los dos están motivados. Además, solo voy por el tercer capítulo y ya ha habido dos escenas de peleas muy bien escritas. Es una buena señal. Quienes escriben peleas brillantes tienden a ser bue-

nos en otras escenas físicas, y si las charlas y miradas intensas entre los protagonistas son indicios de algo, me estoy acercando a lo que podría ser una de las escenas más sexis que haya leído jamás.

Estoy tan absorta, que apenas me doy cuenta de que uno de los torniquetes de la entrada pita y se abre. A lo mejor es una de las chicas que se acaban de ir, que viene a por la botella de agua o el cargador que se ha dejado aquí. O a lo mejor son Margie y el chico que necesitaba imprimir algo. Debería mirar. Pero la abogada y el exmafioso están solos en un ascensor y la tensión sexual entre ellos suelta chispas, tienen la respiración acelerada y...

Aparece una sombra sobre el mostrador.

Levanto la mirada a regañadientes.

Al otro lado del mostrador de recepción hay un chico alto. Muy muy alto. Echo la cabeza hacia atrás para mirarlo bien y... oh. Oh. Es amenazante y guapísimo a partes iguales. Tiene el pelo oscuro, recortado cerca de la cara, y los ojos del color del café molido. Unos ojos que me miran de una forma que solo puedo describir como hostil.

El corazón me da un vuelco de apreciación antes de hundirse hasta el estómago.

Porque lo conozco. No hemos hablado nunca, pero lo he visto a lo lejos por el campus y, de vez en cuando, en la tele o el móvil. Es la estrella del equipo de baloncesto de Clement. El jugador que todos los comentaristas deportivos y aficionados al baloncesto afirman que se sortearán todos los equipos. Al que expulsaron del partido más importante del año pasado por romperle la nariz al base rival con un gancho de derecha.

Vincent Knight.

2

Estoy acurrucada en mi cárdigan *oversize* con la mitad de mi melena rubia recogida en un moño despeinado y una novela romántica en las manos. No hace falta que diga que no estoy preparada, ni mental ni físicamente, para encontrarme con el miembro más importante del adorado equipo de baloncesto de la Universidad Clement.

Vincent Knight es imponente. Se parece mucho más al protagonista exmafioso de la novela que estoy leyendo que a un deportista universitario, salvo, quizás, por el cabestrillo que sujeta su brazo izquierdo y la faja que le rodea la cintura.

—Hola —digo—. ¿Necesitas algo?

A Vincent se le tensa un músculo de la mandíbula. Tiene la mano derecha, la que no está en el cabestrillo, tan apretada alrededor de su carnet de estudiante que seguro que se le está clavando en la palma.

—Necesito algo de poesía inglesa del siglo xix.

El timbre de su voz, a un volumen apropiado para una biblioteca, atraviesa el silencio y me golpea directamente en el pecho. Disimulo un escalofrío.

—Claro. Está en la segunda planta. Gira a la derecha

cuando llegues a los ascensores y sigue los carteles, está al final de...

Vincent me interrumpe.

—¿Me puedes decir algún libro específico?

Es una petición bastante normal. El matiz de fastidio que desprenden sus palabras tampoco es algo nuevo. No es nada en comparación con las cosas que aguanto durante los exámenes finales, cuando la combinación de falta de sueño y desesperación saca lo peor de la humanidad. No hay ningún motivo por el que un jugador de baloncesto taciturno debiera hacerme sentir como si me estuviera derritiendo de vergüenza en mi silla porque necesita que le recomiende un libro.

De pronto, recuerdo la novela que tengo en las manos.

Me arde la cara mientras acerco la silla al mostrador y cierro el libro, colocándomelo bocabajo sobre las piernas y rezando para que Vincent Knight no sepa leer al revés.

—La bibliotecaria del turno de noche no está ahora mismo —le digo con mi voz más educada de personal de atención al cliente—. ¿Quieres esperar a que vuelva o...?

—¿Tú no estás cualificada?

Cierro la boca de golpe ante su tono cortante. Puede que Vincent Knight esté acostumbrado a conseguir lo que quiere con esos comentarios condescendientes y la mirada de acero que solo le he visto utilizar en la cancha. Admitiré que estoy intimidada, por su tamaño, por el peso de quién es y el hecho de que en Clement todo el mundo lo conoce, por la inteligencia que brilla en sus ojos oscuros..., pero no pienso dejar que me mangonee.

—Me estoy licenciando en estudios ingleses. En cualquier caso estoy sobrecualificada.

—Genial —dice Vincent, sin inmutarse—. Pues llévame.

—Lamentablemente, abandonar mi puesto de trabajo para

ayudar a niños cascarrabias a hacer sus deberes no forma parte de mi contrato.

Vincent levanta las cejas, sorprendido. Echa un ojo a las mesas del atrio, donde dos o tres de los alumnos del turno de noche han levantado la mirada de sus ordenadores para observar a la estrella del equipo de baloncesto de nuestra universidad como si fuera el último lugar de la Tierra donde esperaban encontrárselo un viernes por la noche. Lo que me lleva a preguntarme por qué está aquí con un brazo en cabestrillo y la necesidad acuciante de leer poesía inglesa. Sobre todo porque se supone que el resto de su equipo está dando una fiesta prohibida en su casa.

Vincent vuelve a mirarme y aprieta los labios, escarmetado.

—¿Crees que podrías hacer una excepción para alguien que solo tiene un brazo funcional y que está teniendo una noche de mierda?

Se ha tragado un poquito su orgullo, pero es evidente que no está acostumbrado a pedir ayuda ni a disculparse por su mala leche. Sin embargo, durante un instante, parece que Vincent sabe que se está comportando como un gilipollas y que le gustaría dejar de hacerlo. Y hay algo en eso que suaviza un poco mi enfado.

Nos quedamos mirándonos. Soy yo la que cede.

—Está bien —digo a regañadientes—. Supongo que puedo... Acompáñame, anda.

Solo serán cinco minutos de mi vida, y tampoco es que tenga nada mejor que hacer además de leer cómo Lorenzo empotra a Natalia contra la pared de un ascensor. Dejo *La princesa de la mafia* bocabajo sobre el mostrador y enciendo la luz que avisa de que volveré en cinco minutos.

Cuando me levanto de la silla me doy cuenta de lo enorme que es Vincent. Tiene sentido que sea alto, es jugador de

la División I de baloncesto, al fin y al cabo, pero yo mido casi un metro ochenta, así que no es habitual que me encuentre con gente más alta que yo. Me deja descolocada. Tomo el cordón con las llaves, que chocan contra el metal de la botella de agua, y lo agarro con fuerza mientras salgo del mostrador y paso junto a Vincent. Percibo el olor a detergente y algo más, cálido y especiado, y para nada pienso en lo bien que huele, ni en lo diminuta que me hace sentir, ni en cuánto me gusta.

Las escaleras están al fondo del atrio; teniendo en cuenta que estaba a tan solo unos párrafos de leer una escena de sexo apasionado en un ascensor, prefiero no entrar con Vincent en uno. Él camina detrás de mí mientras subimos a la segunda planta y nos adentramos en el laberinto de libros, zigzagueando por las estanterías como animales a la caza. Siempre he andado rápido. Harper y Nina rajan y se quejan siempre de que se quedan atrás, pero Vincent, con sus grandes zancadas, me sigue el ritmo sin problemas.

Puede que sea un egocéntrico de mierda, pero al menos no es lento.

La sección de literatura inglesa está al fondo, en una esquina. Una de las luces fluorescentes que hay sobre el pasillo se ha fundido, dejando este rincón de la biblioteca en la penumbra y extrañamente íntimo. Si alguien buscara algún sitio privado en el campus para enrollarse, este sería el mejor. Aunque Vincent y yo no vamos a enrollarnos.

«Joder, tía —me regaño—. Céntrate».

Esto es lo que pasa por leer obscenidades en el trabajo.

—Aquí está —resoplo—. Poesía inglesa. Está todo un poco mezclado, pero puedo ayudarte a elegir algo del siglo que necesitas, si no sabes cómo funciona Google.

Vincent pone los ojos en blanco.

—Dame lo que sea.

Inclino la cabeza a un lado para ver los dorsos de la balda, leyendo en voz baja los títulos y autores.

La poesía inglesa del siglo XIX es bastante extensa en cuanto a peticiones. Necesito algo más específico si quiero acelerar este proceso para volver a leer mi libro.

—¿Para qué clase es?

—Es para una asignatura de literatura inglesa —dice Vincent—. Tenemos que analizar un poema para el lunes. El profesor no especificó de qué tipo.

O sea, que no tiene que entregarlo a media noche, pero, aun así, sigue aquí en lugar de irse a la fiesta con el resto de su equipo. ¿Por qué no podía esperar hasta mañana por la mañana y venir con la resaca, como cualquier otro estudiante de Clement?

Miro detenidamente a Vincent. Mis ojos bailan sobre su pelo desaliñado y las ligeras sombras bajo sus ojos oscuros. Parece que necesita ocho horas de sueño y una buena carcajada. A lo mejor está más nervioso por este trabajo de lo que quiere mostrar. O a lo mejor el cabestrillo del brazo y el inicio inminente de la temporada de baloncesto son los culpables de esta actitud hosca. Si tuviera el teléfono encima, podría enviarles un mensaje encubierto a Harper y Nina para ver si se enteran de algo.

Pero mi teléfono está abajo, y Vincent está a mi lado, alto y ancho y visiblemente nervioso mirando los libros que nos rodean.

Suspiro. «Los problemas de uno en uno».

—¿Qué te apetece? —Saco varios tomos de la balda—. Byron, Wordsworth, Blake... —Y los sujeto en el recodo de mi brazo esperando su comentario—. ¿Poesía de algún hombre viejo blanco, o prefieres la de algún hombre viejo blanco?

Vincent no se ríe de mi broma. Sin embargo, coge el libro

de Byron del montón y le da la vuelta para leer la contraportada.

Me fijo en su mano. Es casi el doble de grande que la mía, y se mueve con una seguridad y una agilidad que son, por desgracia, increíblemente atractivas. Si esto fuera una novela romántica, Vincent Knight sería el héroe. No hay ninguna duda. Es alto, con hombros anchos, el pelo oscuro, y guapo de la forma más retorcida. Podría ser el sicario de la mafia, el macho alfa de la manada, el multimillonario despiadado con un padre ausente. Podría cogerme con el brazo bueno, estamparme contra una estantería y llenarme. Él también me susurraría guarrerías. No frases de una peli porno mala, si no poesía. Palabras apasionadas.

Pero esto no es una novela romántica. Y, si la forma en la que Vincent frunce el ceño ante la antología de Lord Byron es una señal, no creo que debiera esperar ningún tipo de poesía de su parte.

«Deja de pensar en sexo, desgraciada».

—Era una broma —digo, ansiosa por llenar el silencio—. Todo el mundo sabe que las mejores poetisas del siglo xix son mujeres.

Vincent me devuelve a Byron.

—¿Tienes algo —duda— más sencillo?

—Me temo que Doctor Seuss es un estadounidense del siglo xx.

Vincent me mira con hartazgo. Yo levanto la barbilla y me niego a disculparme.

—Oye —gruñe—. Lo siento. La muñeca me está matando, llevo toda la semana durmiendo fatal y estoy fuera de mi zona de confort con toda esta... mierda de la poesía. —Aparecen dos manchas en sus mejillas, pero estoy segura de que no es más que el efecto de la luz—. La literatura nunca ha sido mi fuerte.

Coloco los tres libros de nuevo en la estantería.

—A mucha gente le cuesta —admito—. Sobre todo la poesía. Algo que, sinceramente, no me sorprende teniendo en cuenta cómo se enseña.

Vincent resopla amargado.

—Odiaba la clase de Literatura en el instituto. Se me daba fatal. Casi tuve que dejar el baloncesto en el último año porque el profesor pensaba suspenderme por no memorizar un poema de Shakespeare. —Vuelve a mirarme de reojo—. Mejoré la media, evidentemente. No era tan tonto como para no terminar el instituto.

—Que la poesía nunca te haya llamado la atención no quiere decir que no seas inteligente. La poesía es... casi como otro idioma. Da igual que sepas recitar cada verso de memoria. Aprenderte un montón de vocabulario no te sirve de nada si no te aprendes también la gramática y el contexto cultural.

Si Vincent piensa que mi monólogo es ridículamente prepotente, no lo dice. Tiene una mirada paciente. Fija. Su atención me da la confianza para continuar. Vuelvo a examinar las hileras de libros que tenemos delante, y saco un tomo familiar y muy grueso (*Antología de Engman. Doceava edición, con prólogo extendido*) de la balda y lo hojeo hasta encontrar la sección de Elizabeth Barrett Browning.

—Mira, este es muy bueno —digo, señalando la página con el dedo.

Vincent se acerca a mí para leer por encima de mi hombro. Me quedo muy quieta, determinada a no estremecerme ni a acercarme al calor de su enorme cuerpo.

—«Si has de amarme» —lee. Su aliento cálido me sobrevuela sigiloso la clavícula y el dorso de mi mano extendida.

—Es un soneto —digo, cerrando la mano en un puño—. Catorce versos, pentámetro yámbico. Es muy fácil de anali-

zar. El truco con los sonetos suele estar en prestar atención al giro hacia el final. A veces está en el último dístico, los dos últimos versos, si el resto del poema está dividido en tres cuartetos...

—Eso son cuatro versos, ¿no?

Levanto la mirada hacia Vincent. Mal. Está tan cerca que le veo unas pecas en la nariz y una pequeña cicatriz blanca justo debajo de la ceja derecha. No está mirando el poema. Me está mirando a mí.

—Eh, sí. —Carraspeo y vuelvo al libro—. Cuatro versos. Pero, mira, este es un soneto Petrarchan. Una octava y un sexteto. Así que el giro está en el sexteto... los últimos seis versos.

—«Si has de amarme, que sea por nada». —Vincent lee el primer verso.

—«Excepto solo por el bien del amor» —continúo.

El aire alrededor de nosotros se ralentiza, y el mundo se estrecha hasta este rincón de la biblioteca. Leo en voz alta el resto del soneto, me trabo en algunas palabras, pero Vincent no se ríe ni me corrige. Se queda en silencio. Respetuoso. Me da un poco de miedo, no sé por qué, leer la obra de una mujer que hace mucho que murió en una capilla construida para honrar las palabras y a sus creadores.

—«... pero ámame por el bien del amor, ese amor que ha de durar para siempre, por toda la eternidad».

Hay un momento de silencio, una respiración compartida, cuando termino de leer el último verso.

Entonces Vincent pregunta:

—¿Qué significa, profesora?

Me río en voz baja, agradecida de que haya sido él quien haya roto la tensión.

—Elizabeth le escribe esto a su marido. No le gusta la idea de que la ame por su inteligencia o por su belleza. «La

amo por su sonrisa, su apariencia, su forma de hablar tan tranquila». No es lo que quiere. Son cosas que pueden cambiar. Envejecerá. Puede que caiga enferma. Podría... ser diferente. Y ella no quiere que el amor sea condicional.

Vincent da un paso atrás. El calor de su cuerpo me rodea durante un instante y luego vuelvo a sentir frío. Cierro el libro y me giro para mirarlo.

—Hostia —dice con una sonrisa impresionada tirándole de los labios—. Qué buena eres.

Esas palabras hacen que sienta el calor de la excitación por todo el cuerpo. Creo que tengo la entrepierna mojada. Es humillante que un cumplido tan tonto tenga un efecto tan fuerte en mí. Esa única palabra de amabilidad pronunciada en un rincón tranquilo de la biblioteca puede hacerme arder.

—¡Para eso me pagan tanto! —bromeo con una voz débil mientras le entrego el libro a Vincent—. En realidad solo cobro el salario mínimo. Aunque en el turno de noche cobramos un dólar más a la hora, así que no está mal.

Vincent sopesa la antología con la mano buena, como si estuviera considerando algo.

—¿Hasta qué hora trabajas?

—Pues... debería salir sobre las cinco. Dando por hecho que quien esté en el turno de mañana no sea un imbécil y llegue a su hora.

Vincent silba.

—Joder. Qué borde. ¿Cuántos días trabajas de noche?

—Generalmente me pido los viernes —digo, encogiéndome de hombros.

—¿Y por qué? —Parece casi ofendido—. Las mejores fiestas son los viernes, lo sabe todo el mundo.

—No me van mucho las fiestas. O sea, me gusta tomarme algo con mis amigas, pero algo mucho más relajado. Los sitios con mucha gente me... no sé. —Me estremezco solo con

pensar en la música ensordecedora y en las salas oscuras abarrotadas de desconocidos—. Pero tengo vida social. Salgo, pero a mi estilo. Mis compañeras de piso y yo hacemos noche de peli y vino todos los jueves, y almuerzos aliñados, los domingos.

La boca de Vincent se curva en una sonrisa cómplice.

—Entonces —dice—, los jueves y los domingos, sales.

—Sí.

—Y los viernes te sientas detrás de ese mostrador a leer porno.